

Días despejados

Ana García Bergua

Autora de El umbral, Púrpura y Rosas negras, Ana García Bergua es una de las narradoras más destacadas de su generación. La ironía sutil y la imaginación melancólica se combinan en su trabajo para lograr una suerte de marca de agua, eso que llamamos un estilo propio. En este cuento los terrores de ir al dentista se convierten en un viaje en busca de la huidiza identidad de los personajes.



Barbara Morgan, *City Shell*, 1939

La tarde en que Alonso Santos fue al dentista, su vida cambió para siempre. Hombre solitario, jubilado y sin parentela, nunca se había podido acostumbrar del todo a aquella ciudad, tan distante del pueblo chico en que se crió y había vivido hasta hacía unos veinte años, en que una gran inundación lo obligó a mudarse. Hasta entonces, debido a los terrores y a una timidez irremediable, no había logrado ninguna amistad. De hecho, no tuvo a quién pedirle que le aconsejara un sacamuelas, como él todavía llamaba a los temidos dentistas. Fue en un simple directorio, abandonado a la entrada del banco en que cobraba la pensión de damnificado, donde encontró la dirección cercana y aquel nombre que parecía el de un insecto: doctor Ícaro Basurto, odontólogo, avenida de los Sordos número 6.

Alonso Santos entró al consultorio vacío, oscuro y triston, y dijo a la recepcionista su nombre en voz baja, temiendo las usuales confusiones, que no se dieron. Aunque un poco temible, el doctor Basurto resultó ser más o menos tan soso de carácter como él, cosa que le gustó. Pero no le quitó el dolor tan pronto como habría

Barbara Morgan, *Macy's Window*, 1939

deseado. Varias veces se vería obligado Alonso a regresar para hacerse curaciones y despedirse de unas cuantas muelas más. Sin embargo, con el paso de los días, le comenzó a tomar gusto a aquellas expediciones: no al doctor Basurto con su gesto de profesional preocupación y sus inquietantes manos temblorosas que al tomar la fresa afirmaban el pulso como un milagro; no al dolor largo, aunque tolerable, de aquellas operaciones y ni siquiera al cuerpo que Enriqueta, la recepcionista, ceñía bajo el uniforme de enfermera. Lo que disfrutaba Alonso era la sala de espera.

Los sillones de color marrón que se hundían de vejez casi hasta el suelo, ese papel tapiz de flores que jamás hubiera imaginado en su hogar cuando lo tuvo, las revistas un poco pasadas de fecha, los demás pacientes reunidos como una familia momentánea, le comenzaron a provocar un bienestar que hacía años no había sentido. Así que, sin darse cuenta, al principio Alonso llegaba antes de hora, diez minutos, y al final del tratamiento, que se extendió mucho, una larga hora y media, tiempo que empleaba en inventar excusas: que si se equivocó de hora, que si estaba muy cerca y llovía, que quizás el doctor lo podría recibir un poco antes.

Llegó a entablar con Enriqueta algo parecido a una amistad por interés, que él hubiera preferido lejano parentesco, un vínculo casero que no exigiera muchas explicaciones ni tratos complicados. Cuando entraba a la sala en penumbra, se dejaba caer en aquél que ya

consideraba su sillón preferido, el menos hundido, de brazos cómodos, como quien llega por fin a casa. Le preguntaba a Enriqueta qué había habido, cuántos pacientes llegaban aquel día, cosas a las que ella respondía al principio con murmullos, después con una plática detallada aunque fácil de olvidar, que concluía al sonar el teléfono por primera vez. Enriqueta respondía el teléfono como una madre que apacigua a un niño chillón, mirándolo detrás de sus pestañas largas. Alonso se quedaba tranquilo, reposado, recorría con parsimonia el cuadro de los barcos bajo la tormenta, el del arlequín, la lámpara de pie con flecos, las gardenias de papel ya un poco amarillentas. Se repantigaba en el sillón a pensar en alguna cosa que había visto por la calle o a mirar algún artículo de *Médico al Día*, interrumpiendo sólo aquel ronroneo para saludar a otros pacientes como si fueran primos lejanos. Cuando por fin le llamaban, aquella paz se le moría por dentro para dar paso a los afilados instrumentos del doctor Basurto.

Sin embargo, por mal que asegurara sentirse, el doctor no podía seguir escarbándole en la boca. Un día le anunció que el tratamiento había terminado y debería volver tan sólo cada seis meses. Llegaron las cobranzas, las despedidas, las recomendaciones, y para Alonso Santos una angustia que sólo pudo equiparar a la que recordaba haber sentido al hundirse su casa bajo el río Altamirano, hacía tantos años, cuando se derrumbó la presa que lo contenía.

Como sin querer, Alonso comenzó a rondar por el barrio en las tardes, sin saber qué hacer. El consultorio del dentista, con todo y sus sufrimientos posteriores, se convirtió en una especie de edén perdido, el cual deseó recuperar. Su cuarto de la pensión Las Lagunas donde vivía, con el enorme armario, la sillita y la cama de latón, le daba sueño y luego de noche no podía dormir, pero no podía encontrar lugar mejor dentro de sus posibilidades. Haciendo grandes esfuerzos volvió a sentirse como siempre en el saloncito de la pensión, habitado por la enorme señora Ampudia y su sobrina, la pálida señorita Ortega que llevaba años recuperándose de una tisis, mecidas por los ronroneos de un gato gris que arañaba a los extranjeros. Al cabo de una semana, dichas señoras comenzaron a inventarle intenciones equívocas y convirtieron aquellas sesiones en un curso de suplicios con olor a perfume dulzón, bombones y miradas de soslayo, a las que el gato añadía la suya verde y amenazante. Luego buscó el cobijo de algunas oficinas de gobierno, famosas por las esperas largas que asestaban a sus crispados visitantes. Sin embargo, cuando ya se encontraba instalado en los butacones de cuero negro de la Oficialía de Guerra, embebido en algún ejemplar de *Cadetes y Banderas*, llegó un guardia a preguntarle a quién buscaba; nada más lejano a sus deseos que pasar por sospechoso ante

los militares. Los cafés del malecón, con su escándalo, sus olores, las vueltas eternas de los meseros, como abejorros con casaca y charola, lo ofuscaban. Pasaba el día, pues, Alonso, errando por la ciudad, las manos entrelazadas en la espalda, desasosegado.

Al atardecer rondaba el consultorio del dentista, lleno de resentimiento por aquéllos que, la mano en la mejilla, entraban al edificio. Fue en aquellas vueltas, como a las siete y media, cuando vio salir a Enriqueta y la siguió. Le sorprendió verla tan distinta: el ceñido uniforme de enfermera oculto bajo un abrigo peludo de lana azul, el pelo cubierto por una pañoleta de colores. Llevaba una gran bolsa de Las Rocas de Esmirna, una tienda de telas y estambres que había visto en el centro, y su paso era firme, si bien los tobillos le temblaban de cuando en cuando encima de los tacones azul oscuro, largos y pesados. Alonso sintió que ya había vivido esta escena y tuvo la impresión de que eso era lo que había estado esperando al rondar el consultorio con creciente asiduidad. Aprovechó que las calles se iban embebiendo de la penumbra para seguirla más de cerca, si bien por momentos debía aflojar el paso para no acercársele demasiado, cuando ella se detenía frente a algún aparador o entraba en un comercio a comprar leche y pan. Recorrieron así cosa de diez cuadras, alejándose del centro, y se adentraron en un ba-



Barbara Morgan, *Spring Madison Square*, 1938

Barbara Morgan, *City Street*, 1937

reio de edificios viejos, de pocos pisos. Empezó a refrescar y Alonso alcanzó a distinguir, desde una esquina, que Enriqueta entraba por un zaguán estrecho del boulevard de los Tísicos, que tenía el número 667, casi el número del diablo. Esperó pacientemente a ver si alguna luz se encendía poco después, cosa que ocurrió tras una ventana del segundo piso, detrás de unas cortinas de encajes y flores anaranjadas que no dejaban distinguir más que sombras. Por fin la sombra de Enriqueta cruzó varias veces por detrás de las cortinas chillonas. A Alonso le hubiera gustado seguir mirando, pero el frío lo obligó a retornar sobre sus pasos hasta la pensión, donde lo esperaba el gato agazapado tras el umbral.

Al día siguiente no encontró cosa mejor que esperar a que saliera Enriqueta y volver a seguirla. Conforme recorría las calles con la mirada puesta en los tacones azules, apostando un poco en qué grieta, en qué escalera trastabillarían de esa manera que lo hipnotizaba, las luces de los comercios se iban encendiendo como si fuera el paso de Enriqueta el que determinara el cambio de la hora. El paseo se le volvió una costumbre, más agradable que la del dentista desde luego. Y la sombra de Enriqueta en las ventanas realizaba más o menos los mismos desplazamientos cada noche, con la precisión de un baile: de aquella que Alonso suponía el

baño, a otra que imaginaba la cocina, donde permanecía un poco más de tiempo de pie, seguramente preparándose alguna cosa de cenar. Luego se dejaba ver un resplandor, que sería el de una lámpara en el salón o la recámara, y finalmente todo se apagaba. Alonso emprendía el camino de regreso a la pensión levantándose un poco el cuello del saco para protegerse del aire marítimo que corría, frío y húmedo, por las calles oscuras. De alguna manera, había comenzado a sentir que estaba cuidando a Enriqueta. No porque ella lo necesitara o porque él fuera caballeroso, sino porque le daba a su rutina alguna finalidad. En la remota probabilidad de que llegara a ocurrir algo extraño tras esa ventana durante los días de rutina, él podría servir de algo. Pero no quería saber qué hacía Enriqueta durante los fines de semana; algo le decía que un cambio en la metódica vida de la enfermera podía echar al traste con su recuperado bienestar, de modo que sábados y domingos se quedaba en la pensión leyendo revistas, o bien se sentaba en un banco en la glorieta de los Animales, frente a la estatua del prócer que permanecía por la eternidad en su sillón de piedra. No hubiera querido saber, por ejemplo, que Enriqueta tenía novio: eso en particular lo hubiera disgustado profundamente.

La tarde de un lunes en que Enriqueta no salió del consultorio, Alonso recorrió el trayecto a casa de la re-

cepcionista, preocupado porque algo le hubiera sucedido. Desde la esquina pudo ver la ventana de la cocina encendida y supuso que Enriqueta se había enfermado. No era extraño en esas épocas pescar la gripe, pues el viento del Norte golpeaba con fuerza, sobre todo en las tardes; incluso había escuchado al gato de su casera estornudar, con la malévola esperanza de que enfermara. Alonso esperó un poco a que la luz de la ventana se apagara para retornar a la pensión. Lo mismo hizo durante tres días, al cabo de los cuales no logró permanecer tranquilo. En la mañana, muy temprano, emprendió el camino al edificio de Enriqueta.

Alonso Santos no era hombre de acciones bruscas ni mucho menos. Casi no recordaba la inundación que lo tenía en esa ciudad. No sabía si fue valiente o tímido, no conocía sus instintos. Por lo mismo, se quedó un buen rato paralizado frente a la ventana encendida. Era evidente que a Enriqueta le pasaba algo. Tantas veces se había dicho que la cuidaba, no podía quedar pasmado ante la sospecha que le movía la tripa. Después de todo, él sabía que era un hombre raro, pero no del todo indiferente.

Comenzaba a amanecer. Algunos trabajadores salían de los edificios, un tímido puesto de pan se instalaba en la esquina, una mujer barría frente a un zaguán. Alguien salió del portal del 667 y dejó abierto el pesado portón de hierro. Alonso cruzó la calle con agilidad rara en él y se deslizó al interior, sin pensarlo mucho. En seguida se arrepintió, pero fue demasiado tarde. El portón se cerró a sus espaldas, empujándolo como si lo animara a entrar, y Alonso se encontró examinando el patio de baldosas que tenía frente a sí con el afán de encontrar una banca, un cubo donde sentarse, una materia pétrea que justificara la necesidad de detenerse, no avanzar más, seguir esperando, quizás, a escuchar un grito. En el patio había una pequeña fuente adosada al muro con la figura de un diablillo que lo miraba, socarrón, mientras el chorro de agua le daba en el trasero.

Echó a andar escaleras arriba, por un pasillo oscuro, hasta la puerta que calculó sería la del departamento de Enriqueta. A su lado, otra puerta se abrió y de ella salieron una mujer y dos niños arreglados para la escuela. La mujer musitó un saludo de compromiso y voló escaleras abajo tras los niños. De nuevo Alonso se quedó en el pasillo, escuchando las radios que daban noticias, el agua que fluía de los grifos, los gritos aislados o las toses de inquilinos medio dormidos que despertaban. En la pensión no solía escuchar aquellos ecos, que le recordaron músicas pasadas, sinfonías de la gente joven, cosas que, para variar, no le gustaron. Se apresuró un poco a pegar la oreja a la puerta de Enriqueta, cuyo metálico número 22 figuraba como una interrogación doble junto a la madera gris, y tocó dando unos

golpecitos con discreción de caballero. Nada. Tres golpes más a la espera de que no ocurriera nada y Alonso se pudiera ir con la conciencia tranquila. Nada. Seguramente salió de la ciudad. Y en eso escuchó unos pasos que se arrastraban con lentitud hacia la puerta, una voz que murmuraba algo, y al final, la manija que se abría.

Enriqueta se veía mal en bata, las pantuflas azul claro un poco sucias y la nariz enrojecida clásica de los enfermos. Se quedó mirando a Alonso sorprendida y un poco después lo invitó a pasar, como quien aceptara algo inevitable. Alonso entró a un pasillo, a cuya derecha se recogía un pequeño salón, casi idéntico, en su espíritu, a la sala de espera del doctor Basurto: el mismo tapiz de flores, unas gardenias de papel ya polvosas, unos sillones algo hundidos, forrados de tela oscura, el cuadro con los barcos tan similar, la lámpara con flecos, e incluso algunas revistas. Enriqueta lo dejó esperando, y se dirigió a la cocina. Desde ahí se escuchó una radio y poco después, el sonido de una cafetera que borboteaba, desprendiendo su olor. Una emoción desconocida revoloteó en el estómago de Alonso cuando la vio retornar con una charola a servir dos tazas de café y preguntarle, con una mezcla de diligencia y fastidio, si traía la inyección. Alonso sorbió su café con las manos temblorosas, tratando de comprender de qué le estaba hablando. Después se le aclaró: no sería raro que una enfermera como Enriqueta fuese importunada por mucha gente con esa finalidad y otras quizá peores, inconfesables, a distintas horas. Sería algo a lo que, por lo visto estaba acostumbrada. Estaba a punto de levantarse, aclarar que se trataba de un malentendido y retirarse cuanto antes, pero el saloncito parecía atraparlo. Nada hubiera querido más en ese momento que estar tranquilo y leer una revista, especialmente una llamada *Actualidades del Mundo*, que lo llamaba desde el revistero de tela pintada. Permaneció en silencio hasta que Enriqueta se sentó frente a él y le dio también algunos sorbos a su café, explicándole que estaba muy agripada, que no había ido al trabajo en esos días, pero ahora sí debía regresar, si no el doctor Basurto la despediría. El silencio de Alonso la incomodaba y él se daba cuenta, pero no podía decir nada. Esperó a que, al igual que había hecho con la inyección —quizá sabía que él la había estado siguiendo—, fuera la propia Enriqueta la que le diera pie a salir de ahí. Enriqueta le contó algunas cosas más, muy fáciles de olvidar, y se lo quedó mirando sin miedo, como a un tío o un pariente lejano. Acto seguido le pidió que la esperara a que se arreglase y luego saldrían juntos; la podía acompañar hasta el consultorio. Mientras escuchaba el sonido del agua en un baño lejano, Alonso se acomodó en el sillón oscuro y tomó el ejemplar de *Actualidades del Mundo*. Probablemente podría regresar todas las mañanas, por lo menos durante un tiempo. ■